

Se ofrece en esta sección de documentos una breve recopilación de poemas en prosa, cultivados en las letras costarricenses desde finales del siglo XIX. Algunos fueron escritos por autores que ya forman parte de un consolidado canon literario nacional, como son los casos de Aquileo J. Echeverría, Luis Dobles Segreda, Carmen Lyra o Julián Marchena. Otros pertenecen a una etapa más moderna de la literatura costarricense; tales los escritos por Max Jiménez, José Marín Cañas o Yolanda Oreamuno. Pero esta selección también recupera nombres y páginas de muchos que han quedado, inexplicablemente, un poco al lado o en el olvido: Agustín Luján, Berta María Talart, María Teresa Obregón o Clara Diana.

Esta muestra es un complemento al estudio sobre el poema en prosa, que aparece en este número.

LA EDITORA

Breve antología de poemas en prosa costarricenses (1893-2008)

AQUILEO J. ECHEVERRÍA

*La noche oscura*¹

Princesa del silencio. Amante fatídica de los pálidos soñadores. Cortesana viuda que llora el desdén de su amado sol. ¡Cuánto aumenta mis penas tu lobreguez! ¡Oh soberana misteriosa!

Cuando tú imperas triunfa la iniquidad; de su capa recorta la muerte su fatal sudario y el dolor sus crespones. El vicio te ama, el crimen te solicita, la traición te busca.

Tus guerreros no llevan más arma que el puñal; tu orquesta la forman el grillo, el búho agorero y los aullidos de los perros que espantan las almas timoratas.

En su tinte siniestro tiñe el cuervo sus alas, y son rosas vivas de tu flora maldita los vampiros y los murciélagos. La corrupción te venera. Tus galardones son: los raptos, los adulterios, los asesinatos, los robos, los incestos, las traiciones.

El sol es rey virtuoso, amigo franco. El sol es bueno, es leal, es sano. El sol es juez, delata y condena.

Escupe su luz sobre las mejillas pálidas y los ojos enrojecidos o apagados y muestra a las claras la mancha amoratada de las ojeras, cicatrices del vicio, y va diciendo: éste es borracho, éste es

¹ En *Guatemala Ilustrada*, 19 de febrero de 1893.

jugador, éste es libidinoso; éste sacrifica al obeso Dios de los pámpanos; aquel ama a Birjan², ese otro se arrodilla ante Venus; he aquí tus sacerdotes.

Las tabernas, los burdeles, los garitos, he allí tus templos.

Tus siervos huyen la luz. Cómplice, Celestina, incitadora.

Odias la inocencia que se marchita escuchando a la reja, en la hora de la cita, la palabra adulona del libertino que se disfraza de amante, que te oculta tu fealdad tras la careta del amor.

Todo lo fatal habita en ti y de ti dimana. Todo lo malo, lo negro y lo triste presta su contingente a tu espantable lobrete.

En ti alienta el negror de la juventud, el de la villanía, el de Judas, el negror de los celos, de las ferocidades y de las prevaricaciones, el negror de las tiranías, de las calumnias, de la avilantez y de la ignorancia: el negror horrible del Ángel de la Muerte, el negror del suicidio, del abismo, de la duda.

El negror del traje, de los huérfanos y de las sotanas.

El negror trágico de Doré³ sobre el negror siniestro del Dante. El negror que habita la cabeza de los locos, el negror de las pesadillas; el negror de la blasfemia, el negror de la baba.

Todo lo dañino, todo lo ruin, todo lo que es ponzoña y llaga y fango vive en ti. Y sin embargo te amo porque eres madre de las estrellas; porque tu nombre engendra el rocío, como el carbón al diamante y el dolor a las lágrimas.

Te amo porque hay algo de tu siniestra lobrete en mi destino y porque puedo, oculto en tus tinieblas, orar por mis difundas ilusiones.

2 Birjan es el dios de los juegos de azar.

3 Gustave Doré (1832-1883), artista, ilustrador y grabador francés.

PÍO VÍQUEZ

En el tren

*(De San José a Guácimo)*⁴

Vamos de prisa. El tren nos lleva a escape: no corre, sino vuela como el bergantín del pirata⁵. Las cercas desaparecen así como anchas cintas resplandecientes de verdor heridas al soslayo por las brillantes hebras del sol, del cual aun no sabemos si habrá acabado de desperezarse. Son las seis y media; la mañana está húmeda, fresca y envuelta todavía en su camisa de baño. Sus jabones ricos embalsaman el aire. El peine no le ha alisado los cabellos. Está junto al espejo de la campiña esperando, tal vez, que el hada matutina de servicio le ofrezca su tacita de café, y mientras tanto, allá flotan en abandono, sobre la loma fulgurante y sobre el perfil que chispea como un filo de acero bien bruñido, sus bucles y sus tirabuzones. Tiene suelta la madeja rica, maravillosa por sus matices tan diversos. Según la toca el rayo de Apolo, aquí semeja plata, allá oro, de ese otro lado esmeraldas hiladas, de aquel, copitos de nieve. El color azul más y menos subido la tiñe también. Lelia, la virgen no menos pura y delicada que bella, va conmigo; ocupa conmigo un mismo sofá, y me asegura con palabra e inocencia peregrinísimas que esa cabellera ideal son las nubes, los vapores que surgen y ofrecen matices diversos a consecuencia de las varias distancias y modos distintos como los hierre la luz. Es una delicia mi compañerita, la más graciosamente atractiva colegiala que no hace un minuto escapó de las aulas. Cómo me hicieron rabiarse este deshoje y marchitez en que me han dejado

4 «En el tren», «Tembloros y lloviznas», «Estación lluviosa» y «Marina» están recogidos en *Miscelánea: prosa y verso* (San José: Tipografía Nacional, 1903). «En el tren» y «Tembloros y lloviznas» probablemente fueron publicados en *El Heraldo de Costa Rica*, hacia 1893; «Estación lluviosa» y «Marina» se escribieron cerca hacia 1895.

5 Se alude a los primeros versos del poema «La canción del pirata», de José de Espronceda: «Con diez cañones por banda / viento en popa, a toda vela / no corta el mar, sino vuela / un velero bergantín».

tan de prisa los huracanes de la vida; aunque ello es lo cierto que, además, soy un casado, un buen padre de familia. Lelia, pues, decía que aquello eran las nubes, y que lo que a mí me parecían campos sembrados de estrellas, eran ciertamente campos, pero sembrados de frijoles que no habían crecido mucho, o de maíz que apenas comenzaba a brotar, y no de estrellas. Era inútil que yo le dijera que lo que pasaba por las cimas o un poquito más abajo o más arriba, eran brujas escondidas en sus largas y flotantes camisolas de dormir; porque ella me decía luego que no eran sino nieblas matinales enredadas en los picos o echadas a vuelo sobre dehesas o montañas. Para ella las sierpes de plata no eran sino ríos; las ondinas y las ninfas, los pescados y las nutrias; las arpas del viento, las ramas agitadas por el aire amotinado. Dos almas enamoradas, dos muy finos amantes que en espíritu y deseo volaban casi abrazaditos, hubieron de quedarse siendo, según Lelia, dos lapas o guacamayos, pájaros que usan volar en parejas. Juntos fuimos hasta Guácimo, y ella se divirtió mucho con su compañero descolorido, y yo gocé muchísimo con mi gentil amiga, deliciosa explosión de primavera.

AGUSTÍN LUJÁN

*De caza*⁶

Recuerdo como hoy aquella espléndida mañana. La primavera lucía sus mejores galas. Íbamos de caza, por entre los zarzales y enramadas del bosque, a la orilla del riachuelo, en donde se veían sobre la arena las pisadas de los *cariblanco*s y *pizotes*⁷. De pronto atrave-

6 En *Pinceladas*, I, 1 (8 de setiembre de 1898): 16-18.

7 Cariblanco (*Tayassu pecari*): variedad de jabalí más pequeño que vive en manadas en estado salvaje. Pizote (*Nasua narica*): mamífero plantígrado de cabeza alargada y hocico estrecho. Vid. *Nuevo diccionario de costarriqueñismos*, de Miguel Ángel Quesada Pacheco.

samos una altiplanicie. Mis compañeros siguieron adelante. Yo me detuve deslumbrado ante los tonos de violeta y plata que hacia el Oriente se destacaban con arreboles mágicos.

Agonizaba la luna envuelta en su manto de opalinas aguas y flores de luz, como los diamantes de la corona de una emperatriz. La blancura matinal resplandecía intensa por entre las neblinas grises, débilmente ensangrentadas por los rayos de la aurora, esa maga gentil, siempre poética, que al agitar sus alas de púrpura y de rosa parece desgranarse en blanda lluvia de perlas y rubíes.

Poco a poco la claridad se ensancha. De los alcores sopla balsámica brisa, tibia, oliente a tomillo y naranjos en flor. Como saetas de fuego disparadas en empeñada lid contra las nieblas, los primeros rayos del sol cruzan el espacio. Se agranda el paisaje; el horizonte se aleja a medida que las últimas nubecillas opacas tórnense en flores de armiño, que, como palomas blancas, tienden su vuelo, se juntan y se detienen, vagas, perezosas, sobre las empinadas cumbres y las copas de los árboles más altos. Se arremolinan, se disgregan, y de nuevo vuelven a juntarse, formando, entonces, como esbeltas columnatas de mármol, en que descansara el azul límpido del cielo. Verdean las hojas. Zumban los insectos alrededor de los capullos y de las flores que entreabren sus broches y sueltan al bosque sus perfumes y polen fecundante. Y en aquella red voluptuosa, atrayente, revolotean las mariposas como flores del aire encendidas por el sol. La eterna cantadora, la cigarra, se ha ocultado tras los viejos troncos secos, abandonados, y su cantar monótono, que hiere los oídos, ha sido sustituido por el canto de los pájaros y los murmullos cadenciosos del riachuelo de cristalinas aguas y márgenes recamadas de helechos como piedras de esmeralda.

Y entre tanto, allá en la hondonada, allá en el fondo del valle, en el pequeño caserío rodeado de huertas, jardines, cafetos y rubios maizales, repiquetean alegres las campanas de la ermita, cantan los gallos, ladran los perros, mugen las vacas, y entre todo ese cúmulo de notas y tonos de oro, se ve pasar a la graciosa campesina, sonrosada,

fresca, ondulando el cuerpo, la cabeza descubierta, y con una cántara de barro debajo del brazo, en camino del arroyo y tarareando alguna canción cuyas notas se confunden con el afilar de las herramientas y el incesante machacar del hierro sobre el yunque: confusión de sonidos de los cuales resulta algo así como un himno majestuoso, imponente, entonado a los dioses del trabajo.

Ya el sol fulgura en todo su esplendor. Sus rayos se clavan en el cuerpo como tremendos alfilerazos. Bajo a la hondonada. Busco a mis compañeros y los encuentro en una de las casitas, en torno de una mesa, alegres, celebrando el éxito de la caza, y tomando sorbo tras sorbo en júcaras labradas humeando café, aromático, negro como la tinta.

Agosto de 1898.

RAFAEL ÁNGEL TROYO

Acuarela⁸

Entre las dos torres de la vieja Catedral, donde crecen las solitarias siemprevivas, una cigüeña dormita silenciosa.

Abajo, las calles solariegas y estrechas, con sus antiguas casas de piedra, y sus anchos balcones de hierro.

Allá lejos... tras las colinas, se hunde el sol, como una hostia de luz...

En la dulce languidez de la tarde, el aire es fresco y huele a montaña.

De pronto suenan las campanas del vetusto campanario, las campanas broncas y las de plañidero son.

⁸ *Topacios*, (San José: Imprenta Alsina, 1907): 115-117.

La cigüeña escucha atenta, sacude las alas perezosa, alarga el cuello, y vuela, vuela descendiendo oblicuamente como si bajara a detenerse sobre la fuente de la plaza, donde dos mujeres llenan de agua sus cántaros de barro. Luego, el ave describe un amplio círculo y trazando espirales lentamente se eleva en el espacio.

Y aquella cigüeña de largo cuello, de alas angostas y puntiaguadas, y de patas luengas y juntas, parece una cruz de plata, una cruz que el huracán hubiese arrebatado a la Iglesia.

En la calle, una vieja que camina sacudida por el viento, se santigua al toque de oración, y rezongando, rezongando se aleja...

Y el ave, en el bello paisaje de aquel crepúsculo, es también como una caprichosa cigüeña pintada en la acuarela de un biombo chino.

Y después, cuando las sombras arropan los carcomidos torreonnes de la Iglesia, que semejan dos fantasmas en la noche, la cigüeña descende, pósase pensativa cerca a un grifo de hierro, y allí, con el cuello encogido y una pata bajo el ala, esponja su blanquísimo plumaje, y simula una alba magnolia entre la ruinosa arquitectura de la vieja Catedral.

BERTA MARÍA TALART

*El mar*⁹

Ante ese monstruo colosal que se llama Océano, es donde se siente más nuestra insuficiencia, nuestra pequeñez. Eternamente agitado como un ser maldito, sin tener jamás descanso, es una imagen vivísima de las pasiones humanas.

⁹ En *Pandemonium*, II, 19 (30 de junio de 1903): 7.

Al contemplarlo se siente el alma abrumada por la grandeza del Autor de ese piélago insondable, de ese abismo que ruge constantemente sin traspasar jamás los límites que le fueron marcados, como encadenado por la mano del Todopoderoso.

¡El mar! Palabra mágica que hace vibrar todas las fibras del corazón del marino, que no encuentra nada más grato que el balanceo incesante de esas olas esmeraldinas. La vista no se cansa nunca de admirarlo, y cuando las crestas de sus ondas levemente rizadas por las auras impregnadas por los fuertes olores de las algas marinas, van a morir a la playa deshechas en sus blancas espumas como nimbos de encaje. El fragoroso estruendo de esas mismas olas, cuando las agita el huracán mugiendo como un titán encadenado, cuando las gaviotas buscan presurosas un refugio en las rocas de las costas al aproximarse la tempestad, es cuando más admiramos la Omnipotencia del Infinito.

¡Cómo describir la profunda melancolía que absorbe el alma cuando los últimos rayos del sol poniente, al besar las lejanías tiñendo con destellos de púrpura las azulosas olas! ¡Cómo no sentirse emocionado ante ese espléndido paisaje que presenta el disco solar cuando semejante a un globo enorme y ensangrentado se sumerge en las aguas majestuosamente envuelto en su brillante cabellera!

Y pensar que ese mar tan hermoso ha devorado tantas víctimas; que en su seno hallaron una tumba tan agitada como su propio corazón muchos de aquellos que no encontrando en la tierra espacio suficiente para desplegar el vuelo de su poderosa fantasía, soñaron encadenar a sus caprichos este gigante eterno que ha visto transcurrir los siglos impávido, en su lecho de conchas nacaradas; en su presencia se han ido sucediendo las edades, pero él ha sido siempre el mismo, inmenso, turbulento e insondable como los destinos de las humanas generaciones.

LEONIDAS BRICEÑO*Aves de paso*¹⁰

Bajo la lluvia tenue y persistente de estas noches de octubre, en la intensa oscuridad que todo lo cobija, cruzan por el espacio los ejércitos de pájaros exóticos que se internan más y más en la región del Trópico.

Vienen de las zonas del setentrión, huyendo de las inclemencias del invierno, y buscan refugio tibio bajo este sol reverberante que fascina.

En horas en que la ciudad duerme y parece un cementerio poblado de silenciosos mausoleos, pasan, con velocidad de flechas, esas bandadas emigrantes; dan unos cuantos revuelos sobre la iluminada metrópoli y prosiguen navegando en las tinieblas.

Allá, en el Norte, colgado al verde olivo, cerca del árbol del manzano, dejaron sus nidos en donde el amor los arrulló.

Llegaron las primeras ráfagas frías, precursoras del invierno, y a su presencia, la familia se congregó, los allegados se dieron cita, y entonando el canto de despedida, abandonaron el bosque, la enramada y los queridos vergeles.

Sólo quedaron los inválidos, aquellos que la ancianidad minó, aquellos que no tuvieron fuerzas para cruzar la inmensidad.

Los otros huyeron en busca del clima suave, de sitios con frutos abundantes y del calor que es vida, mientras que en la solitaria lejanía perecerán, envueltos en la nevada cruel, los que no pudieron remontarse a las alturas o aquellos que el destino redujo a prematura decrepitud.

¡Pobres pájaros cautivos, muertos caso por su propia impotencia!

10 En *Pandemonium*, II, 77 (15 de noviembre de 1904): 3.

Imagen sois de tantos seres enclenques de la mísera humanidad, de aquellos que el dolor marchita en la vejez o que la adversidad hiere cuando apenas se disponen a emprender la ruda marcha de la vida con la ilusión del juvenil despertar.

Salud, pájaros viajeros, dominadores del espacio, señores de los aires, los que vais dichosos en pos de otros bosques, de otros climas y de otros encantos.

Sois la energía, la victoria que culmina, el empuje de la fuerza vencedora que se impone con la potencia de su vuelo y que se solaza así mismo con la cadencia de sus arrullos.

Como vosotros van por el mundo muchos a quienes las medianías enseñoreadas llaman desheredados, pero que desdeñando los abrojos y tropiezos que a su paso hallan, se remontan con su propio vuelo impelidos y guiados por su inteligencia que es luz y por su orgullo que es bronce.

¡Salud, pájaros viajeros, dominadores del espacio, señores de los aires!

Octubre de 1904.

LUIS DOBLES SEGREDA

*Espejo encantado*¹¹

Aquí, de codos sobre la cortina del viejo Puente de Pirro, en el desangre de esta tarde veraniega, herida de celajes, he oído la voz de las sagradas piedras.

En la capilla del alma, va despertando mística orquestación de recuerdos.

¹¹ De *Caña brava* (San José: Imprenta Trejos, 1926).

Miro este pobre río, turbio y astroso, como un mendigo, torcerse en el fondo, entre las erectas y nobles cepas de caña brava, ebrió con ese vino sucio de la melaza del café. Mi cara inexpresiva mira hacia el fondo, con el fastidio de quien no tiene otra cosa en qué fijar los ojos. Quizá como si en aquel asco del río fuese mi escepticismo buscando reflejo y símbolo de la vida.

Pero he aquí que, de pronto, algún invisible Mefistófeles viene a traerme su redoma¹² con el elixir maravilloso que rejuvenece.

Como ante un espejo encantado aparece, en la retina del recuerdo, mi prestancia asustada de niño tímido que hace veinte años se alargaba, con instintivo espanto, poniéndose en puntillas para hurgar el abismo, sobre la línea del antepecho.

Siento otra vez, como en aquellos años, urgencia de asirme estrechamente a las piedras de esta cortina para estar seguro de no perder la cabeza. Buscan mis ojos, inquietos al sondear el vacío, aquella sensación de miedo y de atracción con que llama y aleja la boca engañosa del abismo.

Se agitan en las órbitas, como si el temor de ayer fuese hoy incitante voluptuosidad que los agujoneara.

Pero hoy, acodado sobre tu cortina, viejo Puente de Pirro, ya no siento el infantil horror y miro al río sin otra sensación que el asco de sus miasmas.

Se estruja la nariz para cerrarles el paso y los ojos se tranquilizan, nostálgicos de aquella voluptuosa inquietud, mientras cabecea en el fondo la esbelta caña brava.

12 *Redoma*: vasija de vidrio, ancha en su fondo, que se estrecha hacia la abertura.

OMAR DENGO*«Fini Terre»¹³*

Tengo a mi frente un cuadro de Sagristá, el rebelde artista catalán. He puesto la mirada en él largo rato, sin lograr comprender el enigma de su simbolismo.

Ese cuadro me ha parecido ser un jeroglífico escrito con tintas de sombra y reflejos de incendio, por los dedos aviesos de la muerte, sobre el blasonado portalón del castillo fantástico en que aloja sus huestes el Placer...

Hay en él lúgubres coloraciones, matices de neurosis, tonalidades difusas de insomnio, trazos desvaídos de agonía... y por múltiples resquicios esparcidos aquí y allá como para dar escape a hondos lamentos, brota verdosamente pálido el macabro rafaguear de la lascivia.

¡Extraño cuadro! Surgen entre un remolino gigantesco de llamaradas, negros hacinamientos de despojos salpicados de ceniza — despojos que parece que hubiera dejado allí, como símbolo de su memoria, la caravana del vivir.

Todo en ese cuadro es hórrido de modo deslumbrante. Hórrido lo blanco, hórrido lo negro; la sombra, la luz...

Destaca en el centro, augusta, egregia, imponente, soberana, una ondulante y alta figura de mujer, robada sin duda a la gallarda concepción del genio griego, que cubre su trágico ademán de vencedora con fulgente brial sedeño en que se agitan delirantes, extraños luminares de pedrería. ¡Creeríase que la han trajeado los astros...! ¡sus ojos! Sus enormes ojos fijos, diríase que son los ojos del mal, los ojos del odio, los de la traición, los punzantes ojos de la perfidia. Semejan criptas de oro que irradiaran luz violada. Semejan misteriosos surtidores de veneno; leyendosos filtros de augur. Brillan con terrífica intensidad en

¹³ En *Renovación*, I, 7 (15 de abril de 1911): 103-104.

que se retuerce el fulgor siniestro de los puñales. Son enormes ojos lésbicos, ojos de fiebre, ojos mortales.

Al pie de esa mujer —de ese monstruo, acaso— revuélvese con dolorosa y gemidora lentitud un puñado de hombres desnudos, pálidos, flácidos, mordidos por la extenuación, llenos de manchuelas de bilis, cuyo aspecto evoca un festín de gusanos hartos de purulencia. Uno de ellos, poseído de eléctrica fruición, de espantoso delirar, hipnotizado se abraza a los pies de la mujer. Es la ansiedad misma entregándole su amor al mal. Es la voluptuosidad besándose con la muerte. Es la desesperación clavándose una daga.

Acodado sobre el hombro de mármol de la mujer, un esqueleto de amatista encaperuzado de sombras, yergue su silueta de terror.

Y en el fondo, hacia lo alto, sobre un cielo opaco zafiro con ligeras refulgencias cárdenas, triunfa la majestad de un inmenso sol rojo, de un inmenso sol de fuego en cuyo trono cintila languideciente un halo rubio con un trigal.

¿Qué dirá ese cuadro? ¿Les habla a los hombres que fueron, a los que son, o a los que han de ser? ¿Es una visión de la vida o de la muerte? ¿Es un ocaso o una aurora? ¿Lo pintó Mefistófeles o el Arcángel San Rafael? ¿Es una remembranza o una profecía?

Lo he contemplado y en su presencia ha llegado al cenit la estrella de mi esperanza; he sentido engrandecerse mi corazón cual si lo invadieran torrentes de poderosa savia nueva; y a mis oídos ha llegado rumoreando cadenciosamente un sedante salmo de vida. He mirado entonces hacia atrás y he adivinado a un caballere aristocrático amagándose bajo una enramada en trance de acometer el candor hermoso de una niña pobreta que ante el flamear de las estrellas marcha con pasitos de tórtola hacia el borroso más allá de la vida —en todo igual la pobrecita a las flores silvestres que se desmayan en los jarrones de las casas ricas. Me he quedado pensando en su suerte, en su futuro promisor de miserias. No será esta noche, me he dicho; será tal vez mañana entre la grosera misticidad de un confesionario, o quizá más tarde en brazos de un ogro militar; pero al

fin será. ¡Ha de ser! Para apaciguar las torturas que derramara sobre el ánimo ese pensamiento, hube de mirar de nuevo el rojo, el enorme, el inmenso sol de mi cuadro, más radioso cada vez, destellante a modo de una tempestad que se cerniera sobre la libidinosa convulsión del mundo, ya olvidado de las palabras que a la sombra de un sicomoro desgranara el dulce Jesús al oído de la dulce Magdalena...

CARMEN LIRA

*Balada de noviembre*¹⁴

El verano regresa. Me lo ha dicho el viento, que he oído al despertar esta mañana; agitaba las ramas de los árboles y pasaba salmodiando con su tono profundo, mientras tras sí dejaba cristales y puertas el temblor.

Al oírlo he recordado luego a mi amigo, aquel extraño y hermoso muchacho con el cual convine en que me trataría como a un compañero.

¿Qué habrá sido de él? A menudo pienso en mi amigo, fúnebre y amargo, como Schopenhauer, su autor predilecto, a pesar de su juventud.

Algunas veces, sin embargo, sus sueños eran dulcemente tristes.

De éstos conservo algunos que arrancó de su diario para dejarme como un recuerdo.

He buscado y vuelto a leer las páginas que escribió al principiar el verano de 190...

«Noviembre, domingo 3. — Ya ves, el verano quiere regresar. Esta madrugada me ha despertado el viento, ese viento heraldo de la estación de las tardes rubias y melancólicas.

¹⁴ En *Renovación*, I, 21 (15 de noviembre de 1911): 338-340.

Afuera agitaba las hojas de los plátanos. Movía los cristales de las ventanas, las puertas, y se colaba por las rendijas. ¡No sabes lo que a mí me gusta ese viento! ¡Lo quiero como a un viejo amigo, y deseo poder explicarte la sensación que me invade al oírlo!

Viene... ¿de dónde? Con su murmullo extraño, pasa envolviendo mi casa y luego sigue calle abajo y se va, se va... ¿para adónde? Yo pienso en bosques lejanos donde las hojas de los árboles fueron lenguas cuando él pasó; en castillos ruinosos, por cuyos corredores y sombrías y grandes salas agitó su ala invisible levantando el polvo que hollaron quienes hoy también son polvo; pienso en la confortable concina de una casa de campo, donde afuera es noche y sopla el viento y cae nieve; el fuego brillando como una custodia de oro en el hogar, y rostros tranquilos de niños, hombres y mujeres, alumbrados por la luz temblorosa de este fuego; la abuela con su cabeza blanca que parece un copo de nieve que se funde en oro al contacto del reflejo de la llama alegre, deja oír su voz cansina que narra historias de aparecidos a los nietecillos rubios que la oyen con sus ojazos abiertos.

Pienso en la juventud dulce de mis hermanos los árboles, que muere cuando el viento de otoño viene, llevándose las hojas que pasan arrastrándose como adioses tristes.

Al soplar por los agujeros, paréceme una voz suave que me dice: Recuerda.

¡Me invade una tristeza! Todos los lugares, las personas y las cosas idas, que descansan en el cementerio del pasado, las siento ir flotando sobre ese viento que pasa envolviendo mi casa en el misterio de su murmullo, agitando las ramas de los árboles y llamando a las puertas y a las ventanas, despertando a las almas que lo sienten. Aquí estoy otra vez, les dice, pero ni vosotros ni yo, somos los mismos. ¡El tiempo ha pasado y ha dejado caer sobre nosotros tantas tristezas y tan pocas alegrías! Muchas de las ilusiones que florecían en vuestras frentes, se han deshecho en polvo como las flores cuyas corolas se inclinaron para saludarme el año pasado.

¡Sí, hechos polvo llevo ahora en mi seno, cantos de pájaros, vuelos de mariposas, sonrisas dulces y miradas luminosas!

¡Ah, todo pasa, todo pasa, y vosotros pasaréis también y llegaré un verano en que yo regresaré y no os encontraré. Quizá entonces, cuando recorra este mismo lugar, llevaré un poco del polvo que nos formó!

Otros serán los oídos que me oirán, otros los rostros que anunciará mi soplo, otros los árboles que se inclinarán a mi paso.

Sólo los campos de estrellas bajo los cuales ondulo ahora, serán los que encontraré por miles de siglos a mi retorno. Ellas serán las únicas viejas amigas que me darán desde arriba su brillante bienvenida.

Sí, cada vez que yo vuelva, las hallaré dejando caer sus besos áureos sobre la tierra.

Ellas vendrán a hacer coro con su canto silencioso que solo sienten las almas escogidas y mi música grave de órgano las acompañará. Ellas cantarán:

Han pasado, han pasado y esos que ahora se agitan pasarán también.

¡Oh viento! Tú pasas ahora doblando espigas, agitando corolas y abriendo surcos en los zacatales altos, que en el próximo verano serán pajarillos cantadores — que irán como alegrías flotando en tu regazo—, abejas doradas, mariposas polícromas, ternerillos jugueteros — que abatirán sus orejitas cuando pases con tu soplo que los asusta— y telas albas que cubrirán los altares, o serán sudarios o serán pañales o estarán bien dobladas, olorosas a reseda o a raíz de violeta, en el cofre de la joven campesina próxima a desposarse. Llevas en ti átomos de ojos que nos han contemplado soñadores e interrogantes; ojos que se cerraron sin saber lo que les decía nuestro lenguaje de luz.

El rayito de alguna muy lejana susurrará: cuando yo salí de allá... como una palabra de oro que fluyera de los labios de mi dueña, había un par de ojos jóvenes y bellos que miraban hacia arriba. Mientras duró mi viaje ellos se hicieron viejos, apagados... se cerraron un

día... ¡Yo llego ahora y ellos van en los pliegues de tu manto susurrante, en forma de polvo!

Hoy a mediodía me asomé a una ventana que da al campo y todo lo vi como si estuviera de fiesta.

Es el verano que regresa con su cielo azul, su viento tan loco y tan triste, sus pájaros, sus mariposas y las cigarras que aturden, en los barrancos. Las montañas sonreían con una deliciosa sonrisita azulina al sentir el baño de luz que como una bendición les venía de lo alto; sólo en algunos sitios se levantaban nubecillas blancas y tenues. Unos niños que jugaban en un potrero, palmoteaban y decían a gritos señalándolas: «son nubecitas que bajan a la montaña a beber agua». Estaban encantadores los chiquillos esos con sus caritas sonrosadas, vestidos de claro. Yo deseaba besarlos a todos y gritar con ellos. Elevaban papalotes y reían alegremente al mirarlos tan arriba, mientras sus manos los sujetaban por el hilo. Hasta un niño que no tiene un año, se agitaba de alegría en los brazos de la madre.

En el paredón de enfrente, tapizado de musgo y enredaderas, había regueros de florecitas amarillas. En la hondura el río se alejaba; su agua parecía de fuego. Los zopilotes volaban muy alto con su vuelo circular y voluptuoso; sus sombras y las de las nubes peregrinas se proyectaban en los potreros.

Yo pensé en los días ebrios de luz y de calor que habían de venir, tornando amarillentos los verdes que ahora esmaltan el paisaje; en los adormecedores mediodías, cuando en el campo todo parece que está amodorrado, en las ráfagas de aire fresco, saturadas del perfume de guayabas maduras, que se sienten a veces cuando el calor es más sofocante y los ojos se cierran deslumbrados por la blancura de las paredes enjalbegadas de la casita lejana, y que uno cree agasajos de los setos sombríos que coronan los alcores vecinos.

Pensé en las bóvedas de follaje que se abrazarán llenas de murmullos a las orillas de los ríos, cuya agua se alejará con su glu-glu melancólico, estallando a veces en carcajadas de espuma, yendo luego a soñar en la tranquilidad de un remanso de color glauco, sobre

el cual pasarán volando silenciosas libélulas azulitas. Más abajo las risas de las lavanderas se confundirán con el murmullo de la corriente, y en sus cabelleras y en sus brazos redondos y morenos brillarán gotillas de agua. Alguna de ellas, la enamorada pensativa, verá alejarse la espuma blanca del jabón sobre el agua cantadora.

En los árboles habrá cigarras incansables que llenarán el campo con su chirrido que da deseos de cerrar los ojos y dormir en la sombra mientras las florecitas rosadas que bordan los potreros inclinan sus corolas y sueñan.

Y uno también soñará como ellas —mientras las cigarras aturden y en torno a los párpados cerrados flora una claridad rojiza— con un corredor colgado de enredaderas, con tinajas fresquitas a cuyo vientre uno acerca su frente y sus manos ardorosas y cuya agua fría como si brotara de una peña, en el seno más sombrío de la montaña, llena nuestra boca de frescor.

Y el cuerpo se estremecerá de placer ante la perspectiva del baño delicioso en el río bajo las frondas entre las cuales canturrea el viento, mientras el agua pasa su caricia sobre la piel... y los ojos abiertos miran el cielo azul y los zopilotes negros vuelan en la altura.

¡El verano vuelve, el verano torna! Así lo he visto regresar en los años que han pasado. ¡Qué tonto soy! ¿Por qué estoy triste? Al regresar a casa después de haber sentido aquel canto al verano que se anuncia y que tanto he deseado, me encuentro como si tuviera una pena. Al ver entrar en la habitación un rayo de sol que dejaba caer una moneda de oro sobre la pared blanca, he cerrado los ojos para no ver el polvo loco que se agitaba en él. Quisiera que lloviera, que no hiciera sol y no oír ese viento que deja caer sobre todo lo que me rodea una lluvia de melancolía.»

El verano llega. Su heraldo, el viento frío y delicioso que vino a acariciarme en mi lecho calentito, ¿no habrá hecho tiritar la desnudez

de tantos niños desheredados que se durmieron sin cena y despertaron sin abrigo?

MARÍA TERESA OBREGÓN

*La lluvia es alma*¹⁵

Cae la lluvia. Una de esas hermosas lluvias que son el obsequio que los meses de medio año ofrendan a los hombres, a la tierra, a las plantas; una fuerte lluvia, tal como la desean los ríos para aumentar su caudal; digna del himno que para anunciarla a los campos, entonaron los yigüirros¹⁶ en lo más alto de los árboles.

Vuelvo a sentirme en el estado de ánimo que en mi mente se produce cada vez que llueve con fuerza: el agua que cae en abundancia por sobre todas las cosas y en torno de ellas, me hace recogerme de tal modo que me siento sola, íngrima; una barrera poderosa de infinitas gotas de agua me aísla de todo. Una inmensa atracción, la del agua que cae, me hace dejar todo lo que en mis manos o en mi cabeza tenga, para no ver otra cosa que el caer continuo y atropellado de los globitos cristalinos que se precipitan desde arriba; para no oír más que el ruido sordo y armonioso que su llegada a tierra produce. Y pensando en la lluvia y contemplándola lo olvido todo: amarguras, enojos, abatimientos, todo se disuelve en el agua y se va...

¡Qué gran dulzura me llega! Parece que el espeso velo de lluvia que tengo frente a mis ojos fuera un inmenso telón que ocultara lo malo, lo triste, lo amargo de la vida. ¡Oh, si lloviera siempre! ¡Si siempre cayera la lluvia! Pero lluvia fuerte, llena de rumores roncós, como bramidos de huracán o como furias de mar; lluvias en donde la compasión no encuentre un lugar para arrinconarse: que lo invadan

¹⁵ *Cordelia*, II, 15 (noviembre de 1913): 75.

¹⁶ Yigüirro (*Turdus grayi*), mirlo pardo; el ave nacional de Costa Rica.

todo, que lleguen a todas partes, que sigan todas las direcciones; lluvias tempestuosas como pasiones humanas desbordadas; lluvias arrebatadas y caprichosas, con caprichos de niño y con arrebatos de fiera; lluvias revoltosas...

¡Ah, la lluvia, qué paz arrastra consigo y cómo la esparce sobre todas las cosas así que se aleja! ¡Qué frescura en los campos, qué vida en los árboles, qué aromado está el aire, y cómo cantan los pájaros cuando pasa una fiesta de lluvia! ¡Y qué delicia envuelve los corazones!

Amo la lluvia; la conozco, sé todos los secretos de su encanto y ella me conoce a mí y en mi corazón nada hay oculto para ella. Parece que es siempre la misma que he visto a través de mis años: la miro y me figuro que cada gota es el arca de cristal en que se conserva algún recuerdo; que el conjunto de gotitas contiene todos los recuerdos de la humanidad. Creo, y por eso me extasío contemplándola, que en cada gota hay en disolución un ensueño, una desesperanza, una sonrisa, un suspiro, tal vez una hermosa idea o un oculto amor... Y entonces, para mí, la lluvia es de recuerdos.

16 de setiembre de 1913.

JULIÁN MARCHENA

*Palabras amigas*¹⁷

Hoy es tu primer día de fiesta y en el doloroso regocijo de esta hora, quiero decirte unas cuantas palabras de cariño que han de llegar a ti por el hilo invisible de una oración. Sabrás acogerlas como venidas

¹⁷ En *Athenea*, III, 8 (1 de noviembre de 1919): 693.

de un alma hermana que compartió contigo sus anhelos y sus dudas, sus abatimientos y sus esperanzas, en ratos de inefable cordialidad, cuando, huyendo del corrillo, nos paseábamos cogidos del brazo por los corredores de la escuela, o bien, cuando por alejarnos del bullicio de las calles, buscábamos el rincón sombreado de un parque, desde donde veíamos, por entre el verde oscuro de las hojas, el cielo azul y diáfano que pronto habría de ser tu refugio eterno.

¡Quién sabe si has venido a visitarnos, difundido en la luz misteriosa de los crepúsculos, en el vuelo alocado de las brisas mañaneras, en el aroma que llena los campos y que viene no se sabe de dónde! Nuestra alma, entonces, se habrá replegado en el instante de esa comunión insospechada, y convirtiendo los ojos al infinito, habremos pensado en el ausente con todo el fervor que merece tu recuerdo. Ah, buen amigo, yo no sé si te mueven a lástima estas pequeñas debilidades del corazón humano, pero es lo cierto que hoy no puedo menos que dejar la pluma obediente a la fuerza del sentimiento y los ojos dóciles al mandato de las lágrimas.

Tal como una vela impulsada por vientos de tempestad, se llena el pecho de amargos sollozos, y si es verdad que el dolor nos purifica, si a través de su llama nuestros pensamientos se depuran, poca falta me hace ahora que tu recuerdo embarga mi ánimo; porque si hubo un corazón noble que sólo palpité al llamado de ideas generosas, fue el tuyo, colmado como estuvo siempre de bondad en su efímero vuelo por la tierra; lo imagino trocado en una inmensa rosa purpúrea: acaso sea una de las que adornan hoy el mármol de tu sepultura.

MAX JIMÉNEZ*Árboles*¹⁸

Ese es el frente de la casa, vio muchas generaciones. Ha llegado a ser parte de la familia. Los niños le hacen rueda, los ancianos lo buscan porque hermanos son de arrugas, troncos añosos...

Las raíces que sobre la tierra muestra el tronco son a manera del ramaje, uno dueño del aire, otro dueño de la tierra.

El tronco se decora con manchas blanquecinas, y a veces he creído... ¿será que ese árbol siente frío?

La luz en partes se filtra por las ramas, dibujando claros en el suelo que diríase que juegan cuando voluptuosamente al árbol mece el viento.

Sus hojas cayeron, cuando otro árbol, compañero centenario, fue volteado sangrando, porque su espacio era requerido para una construcción. Llanto fue aquel de hojas. Paño de lágrimas la tierra, y como desahogo, retoños verdes que ya muestra. Más pájaros lo buscan, más niños juegan bajo su sombra. ¿Sentirán ellos acaso que bajo la corteza de ese árbol, por el tronco y por las ramas circula un dolor?

Para todo hay tiempo... también para ver atardecer. La tarde nos hace alto en el sucederse monótono de todos los días y nos habla con sus colores de una vida lírica contraria a la diaria preocupación.

Desde mi ventana me parece que hoy por primera vez esa montaña que el sol brocha de azul se presenta a mi imaginación, me parece que de un momento a otro la cordillera ha salido de la tierra.

Para todo hay tiempo... también para gustar el encaje que los árboles tejen al transparentar el oro que va dejando el sol. Árboles que acaso guardan memoria de amaneceres del más raro capricho tropical.

18 En *Brecha*, I, 2 (setiembre de 1956): 12. El editor de la revista lo incluye, con otros textos más, bajo el título «Prosas inéditas de Max Jiménez».

También en la prosa, de todos los días, nos detiene un celaje, nos habla un árbol, nos conmueve una flor, ello despertando la lírica en la memoria, porque para todo hay tiempo...

Y a veces parece distanciarse uno de sí mismo; nos alejamos de la vida tranquilamente, desde una especie de somnolencia vemos todo desde lejos y pensamientos gratos cruzan por la mente.

La noche es de un cielo gris que no muestra ninguna luz. Por el camino se dicen adiós, pues la gente es más amiga en la obscuridad.

A lo lejos el marco de una ventana hace a la pálida luz del interior una cruz. De otras luces empañadas como de ojos fatigados podría decirse que ven mal.

Sombras prolongadas sobre un pálido horizonte...: se diría que en la vida venimos de muy lejos, o que en esta noche fría vivimos menos, ¿o es que en verdad se aleja uno de sí mismo?, y se ve como esta noche oscura la vida desde lejos...

BLANCA MILANÉS¹⁹

Las torres del inalámbrico²⁰

En esta noche del trópico, tibia y fragante, una brisa delgada que sopla de Norte a Sur nos da una grata sensación de bienestar que hace que sintamos la vida sedante y amable.

Después de mirar largo rato las constelaciones rutilantes del Sur, volvemos la vista hacia las torres de un inalámbrico que se destacan contra el cielo, cual una aguafuerte. Su complicada armazón nos hace figurar una construcción hecha de encajes por las sabias manos de alguna hada milagrosa. A ratos, al pasar por detrás alguna

¹⁹ Seudónimo de Carlota Brenes Argüello.

²⁰ *Música sencilla* (San José: Imprenta Alsina, 1928): s. p.

caprichosa nube viajadora, parece que oscilaran con cierto balanceo, con un ritmo que se acuerda con el de los luceros cintilantes. A las veces, estas frágiles torres son como dos pescadoras de estrellas en la noche ilímite. ¿Las ideas de los hombres que ellas transmiten, irán más allá, más allá de las regiones siderales?

En las montañas claras y radiantes los pájaros del parque vuelan hasta sus antenas y, allí posados, improvisan vivas escalas de trinos, que nos hacen pensar en dulces mensajes de armonía. Repentinamente, por algún golpe de viento, estos pájaros oscuros tienen el vuelo en largos zigzags, y nos dan la impresión de alados pensamientos que van hacia tierras desconocidas.

Yo admiro estas dos torres frágiles que son como dos hermanas gemelas, como dos centinelas que se alzan sobre la ciudad, como dos faros que nos ponen en contacto con los hombres de otras tierras y nos traen noticias de otros mundos, y más las admiro porque imagino que tienen cierta superioridad sobre algunas almas herméticas y egoístas que, poseedoras de ideas y conocimientos útiles a la humanidad, guardan un silencio menguado que las hace despreciables.

Estas dos torres, al menos, son transmisoras de pensamientos fraternales sobre el haz de la tierra. Su pudiéramos infundirles un soplo anímico, diríamos de ellas que tienen un espíritu apostólico, capaz de enlazar los corazones al través del espacio.

CLARA DIANA²¹

*Del silencio*²²

No procede de la vulgaridad. Es noble su linaje. Bello y deleitoso a veces; cruel y lacerante en ocasiones. Así lo amo, en el dolor y en el placer, sentimientos que están enlazados en el reino del espíritu.

21 Seudónimo de María Ester Amador.

22 *Atardeceres* (San José: Imprenta Alsina, 1929): 67-69.

Muchas son las formas del silencio. Hay uno, el musical, ese intervalo entre dos notas, esas dulces suspensiones en el pentagrama, que son los suspiros de la música.

Otro silencio, y qué profundo, es el del alma que medita entre la magna quietud de la noche. Es entonces cuando las antenas hondas y vibrátiles del alma se distienden palpando en la inmensidad del silencio cósmico, las fuerzas latentes que sólo el alma puede encontrar en esa afinidad silenciosa que existe entre el espíritu y la naturaleza.

Y el silencio que surge frente a la grandiosa hermosura del mar; se queda en los ojos extasiados, en los ojos llenos de pensamiento, que admiran la gigantesca belleza de las cosas infinitas. Ese es el mismo silencio que nos envuelve mirando un crepúsculo de luces y de rosas que tiñen de áureas pinceladas las montañas. Algo oye el alma en esos silencios del pensamiento maravillado.

Otro silencio hay, adusto, grave, lleno de frío: el que se hace ante la muerte. Lleg a ésa de la túnica impalpable, de las pupilas incoloras y el silencio es hondo, cruel, desgarrador.

Es un silencio que se impone en la presencia de esa soberana que tiene un campo de acción, para ocuparlo cuando quiera, en cada cuerpo humano. ¡Silencio de carne desgarrada, silencio negro, el de la muerte!

¿Y qué decir del otro silencio que brota en la plena armonía, de ese que hay sobre dos bocas confundidas? ¡Es un mismo anhelo de dos almas, que suben a florecer sobre los labios en un beso prolongado, que jamás se sabe cuánto dura porque el alma no conoce de minutos en esos éxtasis divinos!

¡En todas sus expresiones es el silencio, manifestación espiritual, comunión del alma y lo divino!

Domingo de Ramos, 1 de abril de 1928.

JOSÉ MARÍN CAÑAS

*Hoy he salido al sol...*²³

Hoy he salido al sol. Me han sacado en un carricoche. La espléndida mañana se derrama por el jardín, roseado y fecundo, en el que motean como manchas rojas de sangre las rosas paraguayas. Respiro a pleno pulmón. Quiero oler el vaho de los *caabotoris*, de los *toro-caás*, de los capiüpes que han reventado prolíficamente en los desordenados parterres del jardín. La verja, el muro, pintado de un yerbaje pegajoso como la madreSelva, el ancho corredor del hospital, la calle fronteriza, por donde pasan las inditas jóvenes de cuerpos en primavera, ondeando sus esbelteces de núbil bajo los cántaros y los bultos, todo está lleno de sol. Es un sol piadoso, porque no retuesta, sino que calienta y fecunda. El aire fresco de la hora matinal riza las aguas de un estanquillo abandonado, sobre el que, con una serenidad panteísta, se yergue en negro un mármol cuya blancura fue devorada por la verdinegra pátina del tiempo, de la humedad y del abandono. Los yerbajos crecen en los caminillos arenosos del jardín, y el averío de la casa vecina se mete por entre las rejas para picotear aquí y allá, sueltas las gallinas como palomas al viento, ponedoras, cacareadoras, fecundas y opimas.

La sangre se me entibia y el espíritu se me enflora. He pasado días y días, como un rosario sin comienzo y sin fin, en la tétrica austeridad de mi celda, que se tonalizaba en verde por las persianas filtradoras de la luz. He ido poco a poco surgiendo de la muerte, tierno e infantil como un pollo que revienta de improviso el cascarón. En la larga caminata de las horas, husmeando en mí mismo, he enhebrado pedazos rotos de mi vida, que se desordenaron en las jornadas de la pampa.

23 De *El infierno verde* (Madrid: Espasa Calpe, 1935), cap. XIX.

YOLANDA OREAMUNO

*No se puede hablar de un invierno...*²⁴

No se puede hablar de un invierno definido, con todos sus rigores, refiriéndose a ese invierno. Es más bien una localización temporal del frío acompañada por cientos de síntomas característicos de la estación, como viento, baja temperatura, escarchas, esporádicas y cortas lluvias. Los pirules²⁵, los robles y los frutales pierden sus hojas, mas para disimular tanta desnudez vegetal, la extensa familia de coníferas, ampliamente difundida, conserva su ropaje.

Siempre queda en algún árbol una hoja postrera, prendida a la rama por un milagro de resistencia inexplicable, y todas las mañanas, al pasar, formulamos una despedida porque tememos no encontrarla allí al día siguiente. Es tan frágil su aspecto, descomedida su posición, muerto su color, que no podemos explicarnos por cuál fenómeno se mantiene en su sitio invulnerable al viento, la escarcha y el frío. Simboliza el recuerdo borroso de lo que fuera en primavera y verano el ropaje del árbol; es la manifestación única de su antigua forma; la rúbrica de su linaje, el síntoma de su especie. Pese a todo lo precario que esa hoja solitaria representa, en su humildad, en su indefensión, tiene un noble elemento de fortaleza.

Cada mañana la buscamos para comprobar en su delicado tallo o en el contorno de su cuerpecillo aterido los efectos de la intemperie, y repetimos la nostálgica despedida. Pero al verla de nuevo, inalterable y sola, nos preguntamos sobresaltados si resistirá todo el invierno allí. Tanta tenacidad anónima despierta en nosotros cierto elemento de sospecha ¿por qué resiste?, ¿irá a permanecer a pesar de todo?, ¿para qué su inmutabilidad?, y nos vamos acostumbrando a su presencia en el árbol frente a nuestra casa. Lentamente, con la familiaridad de lo inevitable, olvidamos la hoja fiel. Una mañana cualquiera ya no

24 De *Laruta de su evasión* (Guatemala: Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1949), cap. XIX

25 Pirul o pirú (*Schinus molle*), árbol de hojas perennes, de ramas gráciles y péndulas.

levantamos la cabeza para buscarla, ni nos despedimos de ella hasta nunca. Ha entrado a formar parte del paisaje inalterable, de ese paisaje permanente más allá de las estaciones y las temperaturas. Y muchos días después, casi sin pensar en ella, echamos una mirada descuidada que nos revela su ausencia. Se fue con el viento. Ya no está. Se fue sin despedida, sin adiós y sin lágrima. Tampoco dejó recuerdo. Simplemente se fue.

MYRIAM FRANCIS

*Las guarias de la tarde*²⁶

Ni un extraño y alucinante capricho de reina oriental convertido en tangible realidad, como la guaria de Turrialba; ni un inverosímil chorro de luz detenido al brotar, como la «lluvia de oro»; ni un prodigio de espuma de mármol, como las guarias blancas. Más sencillas, más humildes, más comunes y acaso más bellas, las guarias moradas, orquídeas del crepúsculo, son como un enjambre de inmóviles mariposas de amatista que se han posado en todas partes, en las tapias y en los tejados, en los troncos de los árboles viejos y en los floridos balcones, en los cabellos negros y en los rizos rubios, llenando de un hechizo inconfundible estas tardes abrileanas.

Raras también, las guarias moradas, hermanas del crepúsculo, armonizan mejor que ninguna otra flor con la esplendidez de los últimos atardeceres en que la naturaleza radiante derrama esplendores de glas y matices, y el paisaje campestre o pueblerino tiene magnificencias de ensoñación.

Guarias de la tarde, bellas y melancólicas, con languideces crepusculares; enjambre de mariposas de seda lila que adornan

²⁶ De *Junto al ensueño* (San José: s.p.i., 1947): 60-61.

ventanas enrejadas y besan pechos de ámbar o de nácar. Guarias moradas como atardeceres, y que sin tener la suntuosidad de las guarias de Turrialba, ni la altivez aristocrática de las guarias blancas — orquídeas de luna —, ni poseer tampoco la centelleante belleza de los ramos de «lluvia de oro», ni la gracia perfumada de las tricopilias, resumen sin embargo toda la melancólica belleza del mes de abril, el último de nuestros meses de verano.

CARLOS LUIS SÁENZ

*Octubre*²⁷

Neblinas y humedad en las tardes de octubre... En busca de los terneros — para volverlos al corral de la casa, donde pasaban la noche —, nos metíamos potrero adentro. La humedad de las grandes lluvias, dueñas de todo el campo, se respiraba en el fuerte olor de los cipreses; se palpaba en el suelo blanduzco y en el tapiz friolento de las hojitas del pasto; al pie de los higuerones levantaba diminutos caseríos de hongos grises, donde vivían los duendes invisibles.

La neblina, bruja fantástica, alma triste de los atardeceres, tornaba temerosos los parajes familiares: la vega del arroyuelo sombreada de caña brava donde las ranitas verdes soplaban su globito de sonido metálico, igual que un sueño de pesadilla, se poblaba de fantasmas ambulantes; en la arboleda de cipreses del cercado la sombra nocturna de los ramajes amenazaba con perdidos gritos de majafierros²⁸. ¡El encierro de los terneros! Allí el silencio anidaba como un enorme pájaro en un nido de paja gris; las frondas totalmente

27 De *Mulita Mayor* (San José: Ediciones del Repertorio Americano, 1949).

28 Majafierro: mochuelo común (*Glaucidium brasilianum*). Ave que produce un sonido similar al de un golpe sobre el yunque, de donde deriva su nombre (*Nuevo diccionario de costarriqueñismos*, de Miguel Ángel Quesada Pacheco).

inmóviles y llorando gotas de agua se vestían de sudarios vaporosos y flotantes... Entre la niebla que avanzaba en oleaje lento, desaparecían los límites orientadores; entonces, perdidos en las breñas húmedas, miedosos, temiendo apariciones imaginariamente aterradoras, apenas si nos salía de la garganta el grito, ¡to, to, to!, con que llamábamos a los terneros... Y no aparecían, que estaban echados, bien ocultos, en los más apartados barrancos.

¡To, to, tooo!...

Silencio. Humedad. Neblina. Sobre el campo solitario y triste volaba el ángel de la tarde, en las triples campanadas rituales, único compañero en nuestro desamparo de niños medrosos y perdidos en la neblina crepuscular.

CARMEN NARANJO

*Un domingo tiene señales...*²⁹

Un domingo tiene señales de domingo en todas las ciudades. Un modificado bullicio sin agitación camina por las calles, en una lenta combinación de movimientos que alteraría los nervios en el compás asalariado de la semana. Un repique de campanas desde muy temprano mueve prisas sin congojas que atraviesa las plazas que anteceden las iglesias. Un cuadro de padres con niños de la mano se dispersa en parques, frente a ventanas, por calles donde juguetea el viento con las basuras de alguna parranda sabatina. Al amanecer se puede encontrar un borracho con los ojos irritados por una noche que se hizo corta dentro de un sueño encendido a ratos en el humor de un licor, después se volvió un hervidero de dolores agudos que lo tendieron despierto en la frontera de su propio ocaso junto a

²⁹ De *Responso por el niño Juan Manuel* (San José: Ediciones Conciencia Nueva, 1971): 84-85.

la pesadilla insolente de una voz que al alejarse señala sus manos vacías. La mañana rompe pronto el silencio con pregones de periódicos, pero la guerra a punto de estallar, el accidente con un muerto y varios heridos graves, la crisis de la moneda, el aumento de impuestos, parecen menos personales que entre semana. El domingo es un día individual dentro de cada quien, por eso se oye el yo con un acento afirmativo como si necesitara su lugar y su espacio. Hay algo de determinación y de voluntad perezosa regado por las calles y por las casas. Una inercia de poderes triviales que se dilata en proyectos y en ganas, quizás un poco indefinidos y con un sabor de delicioso antojo casi siempre insatisfecho, con su ciclo de resurrección cada domingo y su signo de muerte al finalizar el día. En todo caso hasta un desmemoriado es capaz de reconocer la fecha, en cualquier ciudad o poblado. Y si alguien se agita en arbitrario gesto de actividades mecánicas y acentúa excitaciones por no haber podido vaciarse del trajín semanal, no falta quien señale: «es domingo, ¿lo ha olvidado usted?» el domingo es domingo con su jornada de misas y de ropas más livianas y personales, con sus sesiones de baños largos o no aseos para conservarse más uno, con su tiempo de solitarios ajetreos en que a veces se levanta sombrío el porvenir o se le arrincona como un objeto de desván para otro tiempo en que no haya más remedio que afrontar el mañana. El domingo es una tregua, unos la emplean en levantar y aspaventar sus sueños, otros en esconderse dentro de su pasividad perezosa porque las horas lentas tienen un ritmo imperioso de no hacer y porque al estirarse libre de rutinas la libertad no encuentra un oficio visible en que emplear la fuerza del descanso.

MERITXELL SERRANO*Día tres*³⁰

Cinco años y el día tiene cara de verdugo. Si no fuera por su silencio, ella nunca lo habría descubierto. Parecía noche después de la tormenta, pero era el día y su silencio, intolerable cuando el sol regresaba para herir con pasión los tejados, y las vigas de cemento rechinaban a pesar de su frigidez.

A los cinco, el silencio se impone como garganta y en el fondo, lejos de toda visión, se escuchan los quejidos viscerales de la nada. Habría querido escapar. Días eternos, tardes como túneles. Su única salida eran los pasillos oscuros, pasillos circulares que no llegaban a ningún sitio, pasillos muertos, pasillos como venas donde solo quedaba una gota de sangre en forma de niña fantasma que se hacía una con los pasillos, la casa, sus bóvedas. Fantasma de cinco con desasosiego de más.

La misión en días así era fácil. Primero, descifrar el laberinto que ella misma trazaría; segundo, definir un objetivo; tercero, recorrer cada rincón sin que las mujeres grises la descubrieran. Entonces era fantasma invisible que se deslizaba por los pasillos sin que nadie se percatara. Era ella por las paredes, ella al pie de las gradas, ella detrás de las puertas, ella debajo de la mesa, ella después de los muebles: pequeña sombra violenta que no quería ser. A veces, las mujeres grises decían su nombre, pero ella no contestaba. No era. No había nacido. Era fantasma de lo que llegaría a ser una vez que el día comenzara a alejarse. Sigilosa, pies descalzos, pantalones amarillos, blusa rosada, pelo castaño, ojos negros, robustos como los de mamá; a los cinco, el mundo les pertenece a todos menos a ti. Por eso la urgencia de no ser, pasar sin ser vista; estar sin ser persona; morir sin haber nacido. Cuando el día se iba, ella era, volvía a aparecer.

30 De *Memorias del paladar* (Girona: Editorial Quadrivium, 2008): 37.

Cenaban en familia, miraba de reojo, se cepillaba los dientes, decía buenas noches y se iba a la cama, muchas veces sin preguntar.